

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1.400 cts.
 Suscripción: España, un trimestre . . . 1.000
 " Extranjero, " . . . 1.500

MOMENTOS DECISIVOS

En manifestaciones y mítins celebrados por el proletariado organizado de España, se han hecho peticiones al gobierno en el sentido de que resuelva la crisis de trabajo, obligue al abaratamiento de las subsistencias y conceda una amplia amnistía a los presos por cuestiones políticas y sociales.

Se ha hecho saber al gobierno que si la clase trabajadora no obtiene completa satisfacción a sus demandas, llevará la protesta a la calle declarando la huelga general por veinticuatro horas o por el tiempo que se crea necesario.

La demanda es justa. El apercebimiento terminante. Pero al gobierno parece ser que no le preocupan gran cosa los anhelos de la clase productora y contesta con una indiferencia suicida y una burla intolérable.

Hace un mes que se presentó a las Cortes el proyecto de ley sobre la amnistía, y a la hora en que escribimos estas líneas no ha empezado su discusión. En cambio se prolongan casi diariamente las horas de sesión para aprobar contratos de arrendamiento, que no son otra cosa que colosales negocios para el grupo de financieros que se ha erigido en amo de España.

Bien elocuentes eran los gritos que proferían el domingo último los manifestantes al pasar frente al domicilio del conde de Romanones: ¡fuera! ¡que se vayan abajo el negociante!

Se hizo aprobar en veinticuatro horas la prórroga de la ley de subsistencias con amplias atribuciones para el gobierno, y tal prisa en su aprobación no tuvo por objeto facilitar el abaratamiento de los comestibles, sino el de ganar tiempo para continuar discutiendo los presupuestos, que es la verdadera «madre del cordero» para los políticos, monárquicos y republicanos, todos incondicionalmente al servicio de la monarquía. También ha servido para que diariamente se reúna la Junta de subsistencias, cuyas reuniones cuestan caras al pueblo por las dietas que cobran sus componentes.

Para resolver la crisis de trabajo, el gobierno no cesa de dar vueltas a los ferrocarriles secundarios, que no serán otra cosa que un puñado de millones entregados a los tiburones de la banca, millones que antes de dar comienzo a las obras se habrán gastado en estudios más o menos técnicos.

De esta manera contesta el gobierno a las peticiones de los hambrientos y a sus deseos de que sea reparada la injusticia que supone la prisión de buen número de compañeros.

Y es que los políticos están preocupados en cosas más importantes para ellos. Al igual que en los países en guerra, se trata de formar una especie de «unión sagrada», no para la defensa

nacional, sino para que todos tomen parte en el botín que suponen los presupuestos extraordinarios, cuya discusión oculta a los ojos del pueblo, que entre los políticos no hay intereses encontrados y que todo son valores entendidos.

Y todos los trabajos demuestran que se está confeccionando el gobierno nacional, para que en él formen parte desde Maura hasta Lerro, pues esto siempre parecerá menos deprimente que pasarse a la monarquía oficialmente.

No importa que sean muchos comensales a la mesa del presupuesto, pues ésta puede alargarse para dar cabida a los nuevos huéspedes. Ya hace tiempo que se da vuelta a la idea de crear dos ministerios más: el del Trabajo y el de Bellas Artes.

Y cuando esto haya ocurrido—que ocurrirá—será el momento de dividir las fuerzas en sólo dos bandos: los que viven de la política y los que viven del trabajo, puesto que en la política estarán representadas todas las clases explotadoras del comercio y de la industria que se habrán visto obligadas a echarse en brazos de los grandes banqueros que, a su vez, estarán representados por los diez o doce individuos que formarán el gobierno carlo-conservador-liberal-republicano.

Esta es la situación actual. La dignidad del proletariado organizado y hasta su porvenir actual depende de su actitud ante la contestación del gobierno. ¿Responderá ésta a las gallardías que se han manifestado en los mítins celebrados durante la campaña? ¿Será útil en sentido revolucionario—después de agotados los medios legales—la coincidencia de las dos grandes agrupaciones obreras?

Mucha confianza nos inspiran en los actuales momentos. Por eso nos resistimos a creer la noticia que los compañeros de Madrid nos envían diciendo que los obreros tipógrafos de la corte han aprobado una proposición presentada por su presidente, que es un caracterizado socialista, para que si se va a la huelga general, quede exceptuado de ella el personal que trabaja en los periódicos diarios madrileños. Tan absurdo nos parece esto, que no queremos insistir sobre ello.

De todos modos, el tiempo apremia. La vida del obrero se hace imposible por la injustificada elevación de precios en los artículos de primera necesidad, de la que el más responsable es el gobierno, pues no hay motivo que justifique que los productos nacionales estén más caros en España que en los países en guerra.

Los momentos son críticos y ante el proletariado se ha presentado un dilema de vida o muerte como clase organizada.

hombres, escudados bajo la irresponsabilidad omnimoda que la guerra se arroga, aprovechando la impunidad de que los Estados y gobiernos han investido el gran crimen, se hayan hecho culpables de delitos bárbaros, cometidos fuera de la esfera de acción forzosa de la guerra, en momentos de transición combativa, fuera de la influencia colectiva de los combatientes, teniendo como único instigador su instinto de bestia ancestral, acaso desbocado por la influencia morbosa del medio ambiente y como único juez, su conciencia esclavizada y obtusa.

Los brutos, los caribes con cariz de combatientes civilizados que violan mujeres, atropellan ancianos, rematan heridos, casi siempre a impulsos de su perversidad desenfadada, cometen verdaderos crímenes de delito común que quedarán impunes, no sintiendo además sus tristes autores, nunca, el aguijón de su conciencia salvaje. Son los vulgares entes, los energúmenos que, para vergüenza y oprobio de la humanidad, pululan entre nosotros, los que forman la luz de las hordas devastadoras de la guerra.

Un amigo que huyó de la línea de fuego, me decía el otro día: «Yo he visto desde las trincheras francesas, salir soldados alemanes de sus trincheras al oscurecer, para satisfacer necesidades más perentorias, y como nadie los viera sino yo, me contentaba con observar con curiosidad su deambular sigiloso, sintiendo gran satisfacción cuando notaba su vuelta a las trincheras, sin que nadie de los nuestros hubiese disparado. Yo consideraba un verdadero asesinato el hecho de haber disparado contra aquellos malogrados alemanes, que, como los demás mortales, sentían la necesidad de salir de sus tumbas a favor de la obscuridad de la noche, para fines muy comprensibles, sobre todo, en momentos en que mi conciencia era mi único jefe. Pero, desgraciadamente, no faltaba quien en idénticos momentos tiraba con serena precisión, asesinando a mansalva a los infelices que confiaban, acaso, en la bondad y magnanimidad individual.»

Ya veis lo que son la mayoría de los hombres: Criminales vulgarísimos, que si no matan a diario a sus semejantes es porque no siempre tienen a sus espaldas una guerra europea que garantice la irresponsabilidad de sus crímenes odiosos.

Si tuviesen conciencia propia los borreros del matadero europeo, ya de asco habríanse muerto.

JOSÉ ARRANZ

Por la Justicia

En espectación de lo que resulte del proyecto de amnistía, hemos tenido casi abandonada esta sección. A pesar de lo raquítico del proyecto los ministros sostienen que será amplia. Veremos.

Según noticias recibidas por telegrama, estos días se estará celebrando en Madrid el Consejo de Guerra contra los compañeros presos por los sucesos de Ceucero. Queremos ser optimistas y creer que estos compañeros habrán de ser comprendidos en la amnistía.

De Manzanares, con ocasión del reparto de presos, hemos tenido las primeras noticias directas.

Los muertos por la fuerza pública son: Vicente Carrera Rubio, casado con cinco hijos, y Alfonso Muñoz.

Los heridos: José Cano Conde, una pierna amputada; Joaquín Arias, una pierna amputada, y Julián Molina.

Los presos: José Antonio Durán; Juan Carrión; Antonio Criado; Fernando Criado; Servando Fernández; Vicente Velasco; Antonio Romero; Manuel Carrión; Andrés Merario; Valentín Espadas; Pedro Galindo; José Romero; Julio Beltrán; Miguel Plaza; José Aguirre; José Nieto; Florencio García; Bernardo Barbilla; Ramón Torres; Antonio Albaneda; Juan Cuadrado; José Antonio Cano (Luchana); José Navarrete; Genaro López (Gardero); José Torres.

Como se ve, la jornada fué satisfactoria para la burguesía y ya puede decir que ha hecho un escarmiento.

¿Pero, es que con los muertos, heridos y presos, se habrá calmado el mal-estar de los campesinos manchegos?

La burguesía, al igual que el avestruz, esconde la cabeza ante el peligro, creyendo que no viéndolo, no existe.

LA GUERRA Y LOS PUEBLOS

Desde hace más de 27 meses una guerra horrenda divide a la Europa en dos campos; una lucha implacable pone frente a frente las naciones que se decían más civilizadas del mundo entero; ríos de sangre y espantosas hecatombes humanas son las consecuencias diarias de este choque formidable, en el cual los últimos progresos de la ciencia están al servicio de la barbarie más horrorosa.

Teniendo en cuenta la duración del conflicto y el encarnizamiento de los combatientes, tiene que preguntarse uno: «¿es que los pueblos quieren verdaderamente la guerra?» Pues de no ser así ya sabrían ponerle término.

No, los pueblos no tienen la responsabilidad de la guerra y tampoco la quieren; pero la sufren por varias razones.

La más importante es el maquiavelismo de los gobiernos, quienes, ya antes de la guerra, y mucho más después, han trabajado y preparado la opinión en el sentido que más convenía a sus designios.

Desde la escuela se inculca a los niños el odio hacia sus enemigos, y se les habla de desquite o de nuevas conquistas necesarias a la expansión económica. Jamás se les dice que la guerra es un espantoso azote; más bien se les cantan las proezas de los héroes de los tiempos pasados, la valentía de los grandes capitanes, intentando así despertar el espíritu batallador que estaba dormido en el fondo de cada individuo.

Más crecidos los niños, leen libros y periódicos, que les atrofian con los mismos sentimientos hasta el día en que se les llama para el servicio militar en el que la obra de deformación sigue su curso.

A menudo suenan a sus oídos las huecas palabras de «patria» y «bandera»; luego, la magnificencia de las fiestas militares impresionan sus cerebros poco advertidos.

De repente estalla la guerra. Se trata entonces de persuadir al pueblo de que el país es agredido por un vecino empujado por la ambición y la sed de conquistas; que si se toma las armas no es nada más que para defender la patria en peligro. Esto es fácil, pues la censura entra en funciones y no pueden aparecer en los periódicos más artículos que los redactados en este sentido.

Preguntad a cualquiera de los ciudadanos de los países beligerantes (no importa la nación) y os dirá que su país no ha querido la guerra y que se lucha para defender la integridad de su territorio.

En todos los tiempos, los combates han despertado en el hombre los instintos bárbaros, herencia de sus antepasados, y que 20 siglos de civilización no han logrado hacer desaparecer por completo.

En el ensañamiento de la lucha, bien sea por el efecto de las privaciones y de los dolores o de la embriaguez de la victoria o del desaliento de la derrota, los soldados se dejan llevar a crímenes horribles; saquean casas, las queman, violan las mujeres, algunos (hay brutos sin nombre en todos los países), torturan a seres indefensos, como los niños.

Cada gobierno hace entonces una parcial relación de las atrocidades cometidas por el adversario, con el propósito de excitar la opinión de su pueblo y la cólera de sus soldados, siempre dispuestos a creer todo lo que pueda justificar su actitud, y que olvidándose de sus propios actos gritarán a voz en grito: «¡Venganza! ¡Venganza!»

Condecoraciones especiales son creadas para los hechos heroicos más sobresalientes, y los condecorados son festejados y admirados en el interior del país y envidiados por sus compañeros, que no sueñan más que en poder imitarles, a fin de conseguir ellos también una recompensa.

Así, pues, los gobiernos, para impe-

ler los pueblos a la guerra provocan primero los instintos batalladores de los hombres, pues les convencen de que luchan por el derecho y la justicia atropellados; luego les inculcan el odio al enemigo, y, finalmente, tratan de coherles por fin su punto débil: la vanidad.

Para los que ven más lejos y más claro, para los que se indignan ante esta matanza cruel, para aquellos que dan la prisión y el fusilamiento.

No obstante, el número de los descontentos aumenta cada día; los más tenaces batalladores se han cansado de 27 meses de tormentos y privaciones; los gobiernos han tenido que acudir a nuevas razones para explicar la duración de la lucha, que no convence a nadie. Los prisioneros que se han cangado han dicho que los tratamientos no eran tan malos de lo que se creían y el amor a las condecoraciones ha disminuido desde que los soldados se han dado cuenta de que los menos merecedores de ellas las ostentaban más.

Es notorio que en el frente occidental de la guerra, en los sectores en donde las trincheras distan de menos de quince metros, es notorio, repetimos, que soldados franceses y alemanes se han hablado, se han visitado mutuamente y han cambiado cigarrillos y pequeños recuerdos, y algunos se habían puesto de acuerdo para no tirar más que a ciertas horas.

Desgraciadamente, los oficiales lo han apercebido y han hecho relevar a los soldados demasiado pacifistas, procurando que semejantes muestras de simpatía no se repitan.

Como conclusión, decimos; que si al principio de la guerra los pueblos han ido a guerrear llenos de ardor bélico es porque todos tenían fe en lo dicho por sus gobiernos respectivos; hoy los ojos se han abierto y sólo un régimen de autoridad y una feroz represión les hace permanecer en las trincheras de donde desean marcharse.

Si los gobiernos, instrumentos de los capitalistas, tuesen suprimidos, así como los oficiales, mañana los soldados de todos los países saldrían de sus trincheras, tirarían sus armas al suelo, se darían un apretón de manos y volverían a sus hogares en donde les aguardan madres, mujeres y niños, ansiosos de abrazarlos.

La Anarquía

La palabra *anarquía* viene del griego y significa propiamente *sin gobierno*, estado de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin núcleo gobernante.

Antes de que tal organización principiase a ser considerada como posible y aceptable por toda una categoría de pensadores, y tomada por bandera de un partido que es actualmente uno de los factores más importantes en la moderna lucha social, la palabra de que hablamos era empleada en general en el sentido de desorden y confusión, y aun hoy es usada en el mismo sentido por la masa ignorante y por los adversarios que tienen interés en distigurar la verdad.

No entraremos aquí en disquisiciones filológicas, porque la cuestión no pertenece a la filología, sino a la historia. El sentido vulgar de la palabra no tiene nada que ver con su sentido verdadero y etimológico, aunque, indudablemente, es un derivado hijo del prejuicio de que el gobierno es un órgano necesario de la vida social y que, por tanto, una sociedad sin gobierno sería sin cesar presa del desorden y oscilaría entre la prepotencia desenfadada de los unos y la venganza ciega de los otros.

La existencia de tal prejuicio y la influencia en el sentido que la generalidad de los hombres han dado a la palabra *anarquía*, explicase fácilmente.

El hombre, como todos los seres vivos, se adapta o acostumbra a las condiciones en que vive, y transmite por herencia los hábitos adquiridos.

Así como nace y crece en la servidumbre y es el heredero de una larguísima progenie de esclavos, el hombre, cuando principia a pensar, cree que

La conciencia en la guerra

La guerra es un crimen colectivo. Los asesinos voluntarios o forzados—porque de asesinos tendremos que calificar a los individuos que participen del gran crimen, de la guerra, al igual que se califica a los autores y consumadores de un crimen cualquiera—no quedan, sin embargo,—el crimen consumado—expuestos a la punición de la justicia de los hombres; si la metralla y las numerosas enfermedades que lleva la esfinge voraz a sus flancos han concedido la gracia de la vida al combatiente, éste sale ya libre y sin costas del *affaire*; sólo su conciencia, juez supremo, tendrá el derecho de pedirle cuentas de su actitud, durante su participación en el crimen.

Desgraciadamente, la inmensa mayoría de los hombres continúa supeditando su conciencia a la colectividad, a la uniformidad, a la unicidad de conciencias. La voz de su conciencia no tiene voto ante el criterio de los que mandan y disponen. Ante lo estatuido, ante lo sancionado, ante lo dispuesto por la mayoría, por absurdo, por ilógico, por inaceptable que ello parezca, el hombre actual ha creído que su conciencia, que su yo, no tenía nada que añadir, nada que objetar.

El hombre se ha acostumbrado a creer que en el conglomerado humano, él no consituye más que una pieccecita necesaria al rodaje de la gran máquina humana, y absolutamente dependiente de ella, en todos los movimientos y órdenes de la marcha o sea de la vida, que cualquiera que sea el movimiento de ésta en su rodar de la vida, el hombre piensa con asombroso convencimiento que la pieccecita que él representa no puede separarse del conjunto so pena de paralizar el movimiento y de desbaratar la máquina. De ahí que sólo una infima minoría de individuos hayamos rehabilitado la voz de la conciencia individual. De ahí que seamos tan contados los que por encima de convenios, de arreglos, de pactos, de leyes, de formas y modalidades prestables por las monarquías gobernantes, coloquemos la supremacía, el veto, la decisión, el ordeno y mando de nuestra conciencia personal. De ahí que por encima del encubrimiento condenable de leyes, costumbres y castas humanas, nosotros no nos sometamos a la égida bárbara de la guerra. Porque nosotros, más que al juicio de los hombres, tememos al interrogatorio de nuestro juez: el yo, la conciencia individual.

De ahí que una inmensa mayoría de